

Tom Fernández

PANCHO

el perro millonario



Las
aventuras
de Pancho
antes de ser
millonario



Planeta Junior

PANCHO

el perro millonario

Tom Fernández

Planeta Junior

Pancho, el perro millonario

Una producción de FOUR LUCK BANANA Y ANTENA 3 FILMS

Texto escrito por Tom Fernández

© FOUR LUCK BANANA S. L., ANTENA 3 FILMS S.L.U., 2014

Imágenes de interior: FOUR LUCK BANANA y Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Avda. Diagonal, 662 - 664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2014

ISBN: 978-84-08-12490-0

Depósito legal: B. 6.695-2014

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España - Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 /93 272 04 47.

1

Cuando William nació, se puso a cuatro patas y abrió los ojos antes que ninguno de sus cuatro hermanos, y eso que era el pequeño. Desde el primer momento dio muestras de ser un cachorro inquieto, más interesado en jugar y olfatear cualquier cosa que se ponía ante su hocico que en llenar el estómago y dormir, como preferían hacer sus hermanos. La vida era un juguete recién estrenado del que no quería desprenderse, como un hueso reluciente que no puedes parar de mordisquear. Lo que William no podía sos-

PANCHO, EL PERRO MILLONARIO

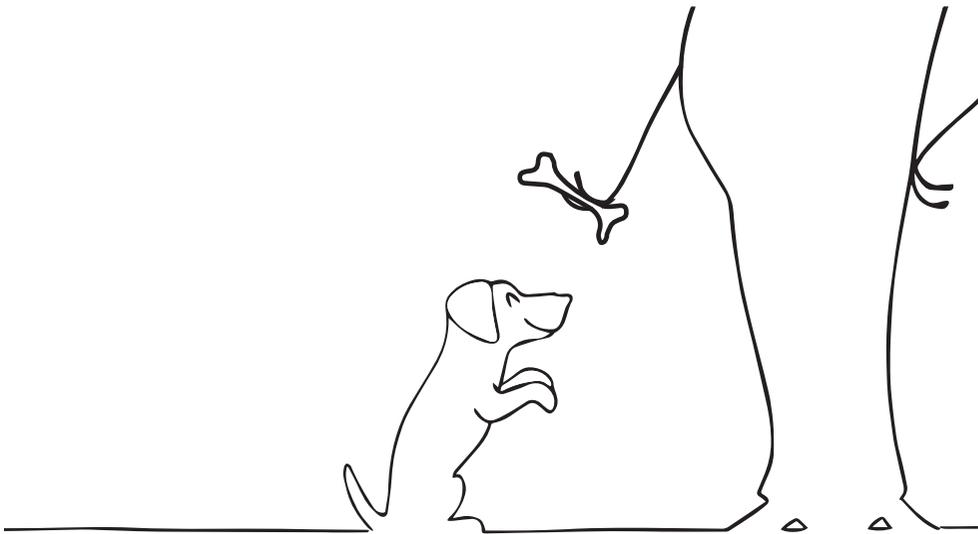
pechar era que esa vida que tanto le gustaba le tenía preparadas varias sorpresas. Entre ellas, que acabaría llamándose... Pancho. Pero no adelantemos acontecimientos.

William y sus cuatro hermanos formaban parte de un antiquísimo linaje de jack russell terriers que habían pertenecido a la familia Baltimore durante generaciones. Los Baltimore seguían viviendo en el castillo familiar a las afueras de Gloucester, en el corazón de la campiña inglesa. Desde las almenas del castillo podían verse grandes prados verdes y frondosos bosques de tejos. Pero eso William todavía no lo sabía, porque les estaba prohibido subir a las almenas.



PANCHO, EL PERRO MILLONARIO

La vida del cachorro y sus hermanos transcurría en el jardín del castillo. El césped era tan suave y mullido que un jugador de fútbol se habría quedado dormido sobre él después de celebrar un gol. El jardín estaba rodeado por setos de casi tres metros de altura que a William le parecían más inexpugnables que las propias paredes del castillo. La vida era genial en el jardín. Siempre había juguetes que lord y lady Baltimore les traían de sus numerosos viajes, la comida era estupenda y lo único que hacían William y sus hermanos era dedicar el día a perseguirse unos a otros por el jardín.



PANCHO, EL PERRO MILLONARIO

Un día, los padres de William salieron de viaje con lord Baltimore. Los cachorros eran demasiado pequeños para viajar, así que se quedaron con lady Baltimore hasta que ella se reuniese con su marido al final del invierno, en la casa que tenían en el sur de Italia. Lady Baltimore adoraba a los cachorros y parecía su segunda madre. Siempre estaba con ellos en el jardín mientras cuidaba de sus miles de flores.



Pero en el jardín había otro habitante: Albert, el viejo san bernardo. Su familia también había estado al servicio de los Baltimore desde hacía generaciones. Albert ya estaba un poco viejo, así que lady Baltimore le liberó de sus obligaciones de perro guardián para que se dedicase a ser perro niñera. Se pasaba el día vigilando a William y sus hermanos. Los avisaba cuando era la hora de comer y hacía de árbitro si

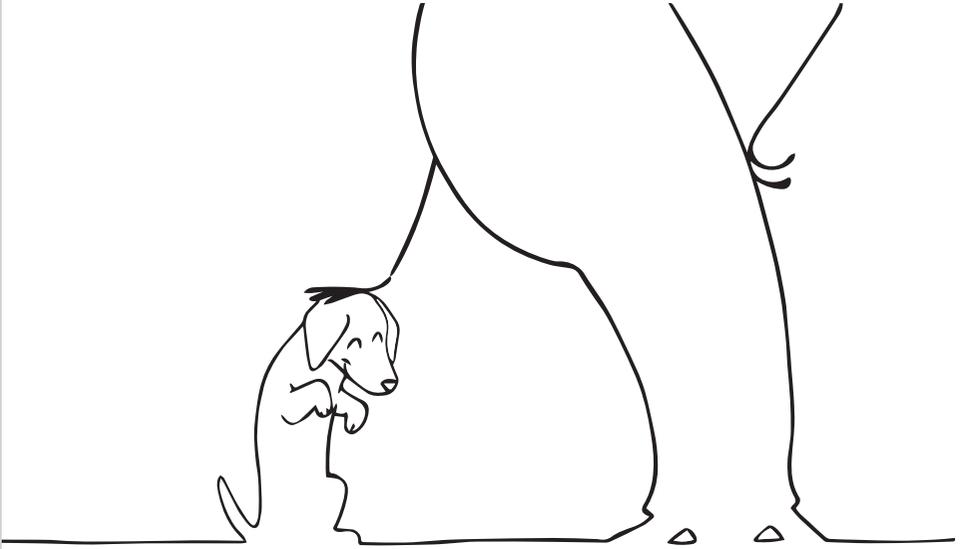


alguna pelea se les iba de las manos. No hacía falta que se levantase para regañarlos y tirarles de las orejas. La poderosa voz de Albert era suficiente para que los cachorros se portasen bien. Y si alguna vez, sin querer, rompían alguna maceta, Albert se hacía el dormido. Al fin y al cabo, un cachorro que no hace travesuras no es un cachorro.

El invierno transcurrió como en un sueño. William notaba cómo sus músculos se iban haciendo más fuertes. Corría más rápido, saltaba más alto. Su olfato también se estaba haciendo más poderoso. Era capaz de detectar a una ardilla a más de un kilómetro, y en las almohadillas de sus patas podía sentir el hormigueo producido por los topos al excavar sus galerías bajo la tierra del jardín. William se había convertido en todo un jack russell terrier.

Pero había algo que le inquietaba. William empezó a dejar de jugar con sus hermanos. Las carreras y las peleas que antes ocupaban la ma-





yor parte del día ahora le comenzaban a aburrir. Y el enorme jardín se le empezó a hacer más y más pequeño cada día que pasaba. En realidad, al jardín no le ocurría nada, eran los ojos de William los que estaban mirando las cosas de forma diferente. Pasaba sus días mirando hacia el cielo. Veía los pájaros volar libres. «¿Adónde irán? Tiene que ser genial poder volar y ver el mundo desde el cielo. ¿Cómo será el resto del mundo?», pensaba.

PANCHO, EL PERRO MILLONARIO

Un día, William ya no pudo más y decidió que había llegado el momento de tomar una decisión: o se resignaba a ser un perro de jardín toda su vida o intentaba pasar por encima del seto y explorar el mundo. Pero ¿cómo hacerlo? William necesitaba un plan.

